

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

36

OCTUBRE-DICIEMBRE

1949

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

LIC. LUIS GARRIDO

Secretario General:

LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR - FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior dls.	2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
Samuel Ramos	<i>La cultura y el hombre de México</i> 175
Francisco Larroyo	<i>Pensamiento y obra del idealismo crítico en México</i> 187
José Gaos	<i>Los "transterrados" españoles de la filosofía en México</i> 207
Luis Villoro	<i>Génesis y proyecto del existencialismo en México</i> 233
Alfonso Zahar Vergara	<i>El Tomismo en el México contemporáneo</i> 245
Bernabé Navarro B.	<i>La historización de nuestra filosofía</i> 263
Juan Hernández Luna	<i>Instituciones filosóficas del México actual</i> 281
Leopoldo Zea	<i>Hispanoamérica, entresijo de culturas</i> 321

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

	Págs.
Juan David García Bacca	—
<i>Platons Lehre von der Wahrheit.</i> (Martín Heidegger.)	351
Juan David García Bacca	—
<i>Les grands courants de la pensée</i> <i>mathématique.</i> (F. le Lionnaie.)	353
Rafael Moreno	—
<i>Dos etapas del pensamiento en</i> <i>Hispanoamérica (del roman-</i> <i>ticismo al positivismo).</i> (Leo- poldo Zea.)	355
Rafael Moreno	—
<i>La introducción de la filosofía</i> <i>moderna en España.</i> (Quiroz- Martínez, Olga Victoria.)	364
Eli de Gortari	—
<i>Ideas relativas a una Fenomenolo-</i> <i>gía pura y una filosofía feno-</i> <i>menológica.</i> (Edmundo Hus- serl.)	370
Javier Tavera Alfaro	—
<i>La Inquisición española.</i> (Turber- ville, A. S.)	374
Noticias de la Facultad de Filo- sofía y Letras	379
<i>J. H. Luna</i>	379
Publicaciones recibidas	387
Registro de revistas	388

LA CULTURA Y EL HOMBRE DE MEXICO

Hace dos años, en la "Revista de América" de Bogotá, se publicó un artículo de Giovanni Papini sobre la cultura en la América hispana. Uno de los rasgos más salientes del espíritu de Papini ha sido siempre la pasión destructora que se recrea utilizando un talento crítico demoníaco en la demolición de las ideas, creencias o sentimientos que se tienen por más firmes o más venerables. En el caso de la cultura de América, el filósofo italiano pudo encontrar una presa fácil a su ingenio devorador. Descontando lo que en sus juicios proviene de su personal temperamento crítico, lo que en ellos se expresa puede considerarse como un punto de vista típico del pensamiento europeo, cuando se digna ocuparse de los hombres o las cosas de nuestro continente. Las condenaciones o negaciones que Papini pronuncia sobre la cultura americana se fundan principalmente en la falta de contribuciones originales que hayan alcanzado carta de naturalización en la cultura mundial. Por lo general, la opinión de los europeos que no han estado en América adolece de una insuficiente información, y además de un prejuicio desfavorable, por no decir despectivo, para todo lo que provenga de la América latina. Si nuestros países hubieran adquirido cierto poder político en el concierto mundial, ya muchas obras de nuestros artistas, literatos y pensadores habrían alcanzado la universalidad. Por desgracia aquella opinión expresa la manera de pensar de muchos hispanoamericanos que, sin darse cuenta, adoptan un criterio de valoración impuesto por los europeos. Sin desconocer la parte de verdad que encierran estos juicios, me parece que el criterio en que se apoyan es muy discutible si se le toma como principio valorativo único. Antes que la cultura se traduzca en productos objetivos de carácter público, la cultura existe subjetivamente, como un modo de ser del espíritu capaz de comprender, de sentir, de apreciar los valores superiores que

la tradición europea ha considerado como atributos de la civilización. Hay cultura en el hombre o en el pueblo capaz de entender, de apreciar, de asimilar la obra cultural de otro hombre o de otro pueblo. Si en nuestros pueblos no hubiera existido esta cultura del espíritu, la obra de Europa habría sido letra muerta en este continente.

Es un hecho alentador que en este siglo y, sobre todo, en los años más recientes, toda la América hispana ha emprendido, en escala cada vez mayor, un examen de conciencia, una revisión crítica de su espíritu y su cultura confrontados con Europa, a fin de dilucidar qué es lo nuestro y qué no lo es. Gracias a estos trabajos, que forman ya un material considerable, tenemos ahora una conciencia más justa de la historia de nuestra cultura en relación con la europea, de donde aquélla se ha derivado. Lo que entendemos por cultura no es una entidad sobrehumana a la que el hombre deba rendir un culto, sacrificarse por ella y sobrellevarla como una carga pesada; ni tampoco la entendemos como un lujo superfluo o como un adorno para exhibir la vanidad o el orgullo. En verdad, la cultura surge como un desarrollo y crecimiento natural de la vida humana, para ennoblecirla y servir al cumplimiento de sus posibilidades inagotables; debe ser la cultura un órgano vital que impulse y armonice las aspiraciones humanas, sin excluir las demandas justas de bienestar y felicidad. Tal vez las grandes crisis que la cultura europea ha padecido en nuestra época se deban a que, si en muchos campos ha logrado un avance sorprendente, estos mismos avances unilaterales la han hecho perder el control del conjunto, y ha fallado en mantener el equilibrio y la armonía de las diferentes fuerzas e impulsos que mueven la vida humana. El poderío inaudito que la ciencia ha conquistado en los dominios de la naturaleza, no está compensado con un dominio igual sobre el alma humana; su complicado mecanismo no ha sido aún controlado por el conocimiento psicológico. Es evidente que los más graves problemas que aquejan hoy a la humanidad, provienen de la desproporción entre la magnitud de la civilización material y las energías morales del hombre, incapaces de controlar el desbordamiento de las pasiones.

Cuando se reflexiona en la historia de nuestros países americanos, se descubren ciertas peculiaridades que pueden explicar tanto nuestros vicios como nuestras virtudes. En el origen de nuestra nacionalidad, se encuentra la destrucción de una civilización indígena altamente desarrollada, para fundar sobre sus ruinas una colonia europea en la que España fué

LA CULTURA Y EL HOMBRE DE MEXICO

reproduciendo poco a poco su propia organización social y cultural, que era la de un país de la Edad Media. Si las culturas no pudieron mezclarse porque una era muy superior a la otra y la más débil quedó destrozada, en cambio los españoles que venían a América sin mujeres, se vieron impelidos a mezclarse con los aborígenes. Un nuevo hombre de tipo mestizo empezó a formarse entonces, que junto con el criollo se encontraba rodeado de una numerosa población indígena. La influencia del ambiente indígena ha sido siempre tan efectiva, que me parece que los mestizos y los criollos educados en las escuelas y universidades coloniales hasta adquirir una cierta mentalidad europea, han conservado sin embargo una sensibilidad indígena. El hecho de que nuestro país se haya formado culturalmente con fisonomía europea, no ha podido destruir este trasfondo de nuestra naturaleza, constituido por una manera de sentir, de padecer, de reaccionar, de apreciar, que acusa la presencia de una fresca sensibilidad indígena; y sin duda es también indígena cierta impetuosidad primitiva que explota de vez en cuando aun en las clases más educadas. Aquel estilo de sentir se hace presente en la arquitectura religiosa de la colonia, en la que la mano de los artesanos indígenas dejó una marca inconfundible en el sabor a la vez ingenuo y gracioso de ciertas ornamentaciones, así como en el gusto de la naturaleza y su colorido. La cultura de los siglos XVI y XVII en México fué de tipo escolástico y dogmático. Quiero decir que tanto el sistema político del reino español como el poder de la Iglesia, imponían al hombre sus ideas y su régimen de vida, y no sería exagerado decir que este régimen era lo que hoy llamamos totalitario. Es muy probable que este régimen haya dejado una huella imborrable en el espíritu mexicano, que consiste en cierta falta de voluntad propia, en cierta falta de confianza en las fuerzas individuales, ya que precisamente dentro del régimen aludido, el Estado y la Iglesia anulan la iniciativa individual y dictan lo que cada hombre debe hacer y pensar.

En el siglo XVIII el panorama va a cambiar considerablemente, pues en el transcurso de él, México se descubre a sí mismo. La revolución de Independencia no habría sido posible si los mexicanos no hubieran adquirido la conciencia de sus diferencias con la España peninsular, y de que estas diferencias les daban el derecho de vivir y gobernarse por sí mismos. El proceso de esta transformación es una larga historia que no podemos seguir aquí en todos sus detalles, pero que sí es indispensable

recordar en sus etapas más salientes. En esta transformación juega un papel muy importante la orden internacional de los jesuítas, que, al tanto de las ideas modernas europeas, introdujo en la enseñanza el racionalismo de la ilustración europea. Estas ideas fueron la más poderosa arma para superar la tradición escolástica despertando a los mexicanos de su sueño dogmático y descubriéndoles el libre pensamiento. Con su inteligencia liberada para satisfacer la curiosidad, los mexicanos inician una era científica que les empieza a revelar las peculiaridades del ambiente físico y biológico, y, hacia el fin del siglo, preparados para comprender la filosofía política de la Enciclopedia francesa, llegan a conocer y a sentir apasionadamente "los derechos del hombre". No es necesario insistir en que las ideas y acontecimientos de la historia de Francia, las teorías de Voltaire, Montesquieu, Rousseau, la gran Revolución del 89, han tenido una influencia decisiva en nuestra historia política e intelectual. La influencia española, que es total en los siglos XVI y XVII, empieza a ceder el paso a la influencia francesa desde la segunda mitad del siglo XVIII, y ésta se vuelve casi dominadora durante el XIX. La iniciativa del español peninsular que, en el campo intelectual, era completa en los dos primeros siglos coloniales, comienza a pasar a manos de los nativos de la Nueva España en el transcurso del siglo XVIII. Fué ésta una etapa brillante de nuestra historia cultural, en la que se encuentran los comienzos de la ciencia mexicana. Pero también la filosofía, la historia, las letras, la erudición, aplicadas a temas nacionales, florecieron en el mismo período. Henríquez Ureña llegó a afirmar que en cierto sentido esta cultura no fué superada por la del siglo siguiente. La razón de este hecho es obvia. La cultura pudo prosperar en el siglo XVIII a favor del asentamiento de la vida colonial, de un largo período de paz de que ni aun la misma Europa disfrutaba. En cambio el siglo XIX es para México la gestación turbulenta de la organización independiente, en que la vida política y social no tiene paz, sacudida constantemente por revueltas sangrientas que hacen girar la situación del país en un círculo vicioso.

Ahora bien, la explicación de esta historia tumultuosa se encuentra en el hecho de que nuestra nacionalidad no se formó por una organización espontánea de las tendencias naturales del pueblo. Los directores de nuestra política no pensaron partir de las condiciones reales, para derivar de ellas los principios de la organización. Eran utopistas que creían en la posibilidad de imponer instituciones que ellos admiraban en los.

países más adelantados, pero que en México se convertían en teorías inconciliables con la práctica. Por eso puede decirse que nuestro siglo XIX es la época de la imitación, de esa imitación que el sociólogo francés Gabriel Tarde ha llamado "imitación extra-lógica". En el siglo XIX se ponen de manifiesto las consecuencias de un trauma psicológico sufrido colectivamente: el contraste entre la superioridad de la civilización europea y nuestro atraso nacional. Este hecho no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta la edad de los países en cuestión. Pero por no explicarse así las diferencias, se formó en los mexicanos un sentimiento de inferioridad. A ello estaba predispuesto su espíritu por los siglos de servidumbre colonial que anulaba su voluntad haciéndolo vivir pasivamente bajo una dictadura casi totalitaria, ejercida por el virreinato y la Iglesia. Los efectos saludables de la gran cultura del siglo XVIII se habían debilitado antes de la revolución de Independencia, y, después de ésta, los desordenes que toda revolución acarrea encontraron a los mexicanos imprevistos para enfrentarse a los problemas de la vida independiente. He aventurado aun la hipótesis de que las dificultades geográficas del territorio contribuyeron a la formación del sentimiento de inferioridad. Téngase en cuenta que una población escasa se encontraba repartida en una vasta extensión territorial, dividida por altas cordilleras, por inmensos desiertos o por la selva impenetrable. El europeo no tiene idea de lo que es este grandioso paisaje americano, sembrado de montañas imponentes, a cuyas faldas se extiende la manigua tropical o la pampa inmensa.

El siglo XIX fué poco propicio a la actividad intelectual, porque las circunstancias obligaron a dar preferencia a la política para hacer frente a los apremiantes problemas de la vida. Sin embargo, esto no quiere decir que se extinguieran las actividades del espíritu. En este siglo entra en la escena de la historia el mestizo mexicano, que representa en nuestra población el espíritu inquieto, progresista, revolucionario, en tanto que la tendencia general del criollo es la actitud conservadora y reaccionaria. Muchas energías se gastaron en la lucha que, a lo largo del siglo, sostienen los liberales y los conservadores, aquéllos anticlericales, a veces jacobinos, éstos católicos hasta el fanatismo. El nuevo tipo de mexicano empieza a manifestar sus rasgos psicológicos peculiares. Hereda de los antepasados indígenas los impulsos violentos que se asocian paradójicamente con una refinada sensibilidad; del carácter español conserva la exaltada pasionalidad. Los individuos que logran las mejores oportunida-

des para educarse, manifiestan una inteligencia despierta y ágil no inferior a la de los europeos. Pero los ingredientes del carácter sufren perturbaciones por el sentimiento de inferioridad. El liberalismo triunfa y llega al poder con la revolución de Reforma, en la que Benito Juárez, un indio puro, demuestra de lo que es capaz su raza, muchas veces calificada de inferior. Si es cierto, como he dicho antes, que los mexicanos en el siglo XIX propenden a la imitación de instituciones europeas y norteamericanas o del arte y la literatura principalmente franceses, esto no impide que un buen número de *espíritus selectos* se aparten de aquel vicio y logren una verdadera asimilación de la cultura europea. El conjunto de las obras producidas por estos hombres constituye lo que he llamado "cultura criolla", no porque fueran criollos sus autores, sino porque el contenido de esa cultura está constituido por elementos europeos, pero nacidos y crecidos en nuestra tierra y adaptados y aclimatados a ella. Ciertamente nuestra cultura no es vernácula, no es oriunda de nuestro suelo, sino derivada del tronco europeo como una rama de éste. Es en cierto modo una cultura trasplantada y aclimatada en el Nuevo Mundo, en donde tiene que sufrir las modificaciones o alteraciones que impone un ambiente distinto del europeo. Los gérmenes son europeos, pero los materiales que la han alimentado y que integran sus productos formados, pertenecen a nuestro medio. Compárese la pintura mexicana contemporánea con la europea, y se comprenderá claramente lo que quiero decir. Nuestros pintores se han formado en las escuelas europeas de pintura, y sin embargo sus obras tienen todo el carácter de nuestra nacionalidad.

La influencia francesa en nuestra cultura se acentúa durante la segunda mitad del siglo con la importación del positivismo de Comte, pero es también igualmente intensa en otros campos, en la ciencia, en la literatura, en el arte, en la arquitectura, en la medicina, etc. El apogeo de esta influencia tiene lugar a lo largo de la dictadura de Porfirio Díaz, y puede decirse que declina aquella influencia a la caída de su régimen, es decir, con la revolución de 1910.

Hacia fines del siglo pasado, algunos hombres de América empezaron a darse cuenta de una depresión espiritual y cultural que atribuían a la influencia de una concepción naturalista de la vida, inspirada en el positivismo y que tendía a menospreciar los valores superiores del espíritu. Comenzaba a sentirse entre las minorías cultas un descontento por la falta de ideales elevados, por la imposibilidad de creer en algo que

exaltara el interés hacia la vida. En la América del Sur José Enrique Rodó dió una expresión elegante y poética a este sentimiento en un ensayo titulado "El que vendrá". Se consideraba que las promesas optimistas y progresistas de la ciencia habían fracasado, y flotaba en toda América un vago sentimiento de desilusión, de desesperanza y de inconformidad. Por ello, al principiar el siglo, un nuevo mensaje de Rodó, el *Ariel*, fué acogido con el mayor entusiasmo, especialmente por la juventud que encontraba en su prédica idealista la satisfacción de sus secretos deseos. En México fué tal la impresión que causó el libro, que se hicieron dos ediciones, una patrocinada por el general Bernardo Reyes, padre de Alfonso Reyes, y otra por la Escuela Nacional Preparatoria. Me parece que al hacer la historia del movimiento de reforma del Ateneo de la Juventud, iniciado en México en la primera década del siglo, sería injusto omitir la influencia de Rodó en aquel movimiento. Un testimonio de esta influencia es el estudio que hizo Pedro Henríquez Ureña, cuando era miembro del Ateneo, de la obra de Rodó, señalando afinidades de sus ideas con el bergsonismo.

La obra del Ateneo de la Juventud tendió a reavivar en México el interés por la alta cultura, en todos sus campos, y a renovar las ideas filosóficas con el fin de encontrar una doctrina que justificara los valores del espíritu. Antonio Caso adoptó el espiritualismo bergsoniano y la idea del desinterés y la caridad, para oponerse a las ideas egoístas, utilitaristas, del materialismo científico. El contenido de su doctrina era idéntico al del idealismo de Rodó, sólo que apoyado en un sistema de ideas filosóficas. Reconociendo toda la importancia que tuvo este gran movimiento cultural, me parece que el fenómeno más decisivo para la historia de nuestro espíritu americano se produjo en las siguientes décadas. Yo denominaría a este fenómeno, la reconquista de México. Sus causas deben buscarse, en primer término, en la evolución natural de un espíritu colectivo que entra en la edad de maduración. Pero tal vez lo que despertó en México la conciencia de sí mismo fué la dolorosa crisis revolucionaria de 1910. Todos sabemos por propia experiencia en nuestra vida individual que, con frecuencia, es preciso el sufrimiento de una grave crisis para llevarnos a esa concentración en que surgen preguntas que antes no nos habíamos hecho: ¿qué somos? ¿cuál es nuestro destino? ¿de dónde provienen nuestros males y nuestros bienes, si acaso los tenemos? Claro que en México el proceso de su autoconciencia no

se produjo en estos términos, sino en forma más lenta y más vaga. Son síntomas de este cambio las manifestaciones nacionalistas que aparecen en varios campos de las actividades políticas, económicas y culturales: la poesía de López Velarde (recuérdese "Suave Patria"); la pintura de Diego Rivera; la novela de Mariano Azuela; la idea de que hay que hacer una política propia y una economía propia. La reforma educativa realizada por José Vasconcelos, se inspiró en parte en la idea de volver a lo propio, de exaltar los valores vernáculos. La búsqueda de lo nacional fué favorecida por ciertos efectos psicológicos de la primera guerra mundial que enfrió un poco nuestra admiración por Europa y, más tarde, esta misma nos dió argumentos con la famosa *Decadencia de Occidente* de Spengler. En los últimos veinte años el movimiento de la reconquista de México ha proseguido en proporciones cada vez mayores. Creo que ya por lo menos se ha arraigado y extendido la idea de que hay que conocernos a nosotros mismos e impulsar la vida del país de acuerdo con los rasgos personales que lo caracterizan. A este proceso no se le puede señalar un término ni inmediato ni lejano, porque el desarrollo y la integración de la nacionalidad de un país es un proceso infinito. La responsabilidad de definir cada vez con mayor precisión nuestro modo de ser nacional toca a los historiadores, sociólogos, etnólogos, psicólogos, y sobre todo a los filósofos, quienes deben recoger todo el material aportado por la ciencia y trazar en conjunto la caracterología nacional, que nunca puede ser definitiva, porque está siempre haciéndose. Creo que hay un poco de exageración en el dicho de que "genio y figura hasta la sepultura".

Hace quince años desarrollé una teoría sobre el carácter del mexicano, en la que definía como causa de ciertas expresiones psicológicas que le son peculiares, un complejo de inferioridad adquirido en el transcurso de nuestra historia nacional.

La primera cuestión que hay que considerar es si el complejo de inferioridad es efectivamente un padecimiento exclusivo de los mexicanos, o si por el contrario puede ser comprobada su existencia en los hombres de cualquier nacionalidad o raza. Bien sabido es que Adler, que es europeo, afirmó la posibilidad de encontrar su presencia en todos aquellos hombres a quienes un trauma, en la época de la niñez, hubiera hecho sentir una debilidad individual frente al poder superior de los adultos.

El impacto recibido por la vulnerable sensibilidad del niño es de consecuencias incalculables, puesto que deja una huella imborrable en el espíritu y se hace un factor inconsciente del carácter individual. Para que esta explicación tenga validez científica, tiene que aceptarse también la concepción de Adler de que el instinto dominante en el hombre es el instinto de poder. No veo por qué esta doctrina de Adler, que fué desarrollada para explicar la psicología individual, no pueda ser transportada al campo más amplio de la psicología colectiva o nacional. La historia de México muestra, en efecto, que los traumas sufridos por el espíritu de los nativos a causa de la violencia de la conquista y la colonización, y más tarde la debilidad y pobreza de nuestra incipiente nacionalidad ante la fuerza de las viejas naciones europeas, dejaron una impresión que ha estampado su huella en el carácter mexicano.

El hombre, como ser social que es, no vive solamente atendido a sus recursos individuales, que serían insuficientes para sostenerlo en la existencia. El individuo puede vivir solamente gracias a la organización de su comunidad local y nacional que le proporciona el ambiente y los medios para la subsistencia, desde el lenguaje hasta los instrumentos materiales con que dar satisfacción a sus necesidades. La vida en común crea en cada individuo el sentimiento de la solidaridad, que da fuerza y estímulo a la acción individual. Podemos observar que el ciudadano de una nación poderosa, por insignificante que sea en lo individual, actúa en cualquier situación con gran seguridad y aplomo, porque se siente respaldado por una fuerte nacionalidad. Cuando he afirmado que el mexicano padece un sentimiento de inferioridad, he querido decir que este sentimiento afecta su conciencia colectiva. Es decir, que no se siente o no se sentía respaldado por esta fuerza de la nacionalidad, que él mismo desvaloriza explícitamente. Como ejemplo de esta actitud, puede mencionarse lo que algunos historiadores han llamado la "autodenigración". Puede verse todavía en esa preferencia por productos extranjeros, ya sean ideas, libros, comestibles, artículos manufacturados. Si la conciencia de la nacionalidad se encuentra debilitada por el sentimiento de inferioridad, es natural que, por una reacción compensatoria, se tienda a elevar o a exagerar el poder individual. En una situación normal las tendencias individualistas son balanceadas por la acción moderadora de los sentimientos colectivos. Pero cuando falta este contrapeso, es explicable que el individualismo se manifieste con cierto desenfreno.

Esta situación psicológica, sin duda es poco o nada consciente en las clases inferiores de la sociedad, pero se hace más consciente a medida que ascendemos a las clases cultas. De hecho la inferioridad se manifiesta unas veces como complejo inconsciente, y otras como un sentimiento consciente que los individuos llegan a formular y expresar. Ahora bien, el origen que esa noción o sentimiento de la nacionalidad ha tenido, se remonta a experiencias históricas dolorosas o penosas, vivencias individuales o colectivas interpretadas subjetivamente a través de un espíritu deprimido, y que luego, convertidas en fórmulas, circulan y son aceptadas sin crítica, como creencias colectivas. Son pues estas nociones unilaterales sobre los valores nacionales, difundidas ampliamente, las que han formado una atmósfera negativa que alimenta el sentimiento de inferioridad.

Las variadas reacciones psicológicas de este sentimiento, tan opuestas que a veces no parecen tener el mismo denominador común, desde el alarde de valentía fanfarrona, hasta la pusilanimidad o la timidez, no son rasgos inherentes a la naturaleza del alma mexicana, no le pertenecen esencialmente. Constituyen más bien una perturbación que hasta ahora ha impedido el libre desarrollo y manifestación de nuestro espíritu. El mexicano no puede haber alcanzado una constitución definitiva en el lapso relativamente corto de su historia nacional. Su fisonomía caracterológica debe considerarse como un bosquejo o proyecto que sufrirá modificaciones en el futuro antes de adquirir la fijeza de que ahora nos dan ejemplo los hombres de las viejas naciones europeas, formados en la historia de muchos siglos.

Esto no es sino un resumen muy condensado de lo que puede decirse sobre los caracteres del alma mexicana. De todos modos, puede apreciarse en esta breve exposición la importancia que tiene en su formación una conciencia justa del valor de México. Los mexicanos necesitan una "cura del alma" que no puede ser practicada exclusivamente por psicoanalistas o psiquiatras. La única manera de lograrla, puesto que la parte afectada es su sentimiento colectivo, consistirá en restaurar por todos los medios su confianza y su fe en la nacionalidad. En lo que respecta al pasado, el camino está en una revisión de la historia de México, entendida no sólo como historia política, sino también como historia intelectual y cultural. Sólo que para realizar esta revisión en que pueden desaparecer muchas sombras y surgir valores insospechados, es preciso

LA CULTURA Y EL HOMBRE DE MEXICO

adoptar criterios nuevos, formados desde el punto de vista de América. El vicio de nuestras interpretaciones y valoraciones en la historia nacional, radica en la aceptación de puntos de vista europeos o norteamericanos, como si fueran indiscutibles. Una historia científica debe aplicar una crítica muy cuidadosa no sólo a los documentos, sino también a los instrumentos mentales con que el historiador los elabora. Creo que muchos historiadores caen inconscientemente en el error de hacer en su mente comparaciones con la historia de otros países, sin reflexionar que los valores de la vida colectiva son los más afectados por la relatividad que imponen las grandes diferencias de país a país. El desarrollo de México en los múltiples aspectos de su vida material y espiritual, que es un hecho alentador en el presente y en el futuro, tiene que influir benéficamente en el estado de espíritu de los mexicanos cuando éstos adquieran plena conciencia de aquél. Pero pienso que, además, es indispensable planificar, con toda amplitud y rigor psicológico, la acción que debe emprenderse directamente sobre el alma mexicana para librarla de todos los complejos que la alteran y le impiden encontrar su verdadera fisonomía. Sólo cuando desaparezcan sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores, podrá lograr el equilibrio y la armonía interiores que son la condición necesaria para que exista la paz entre los hombres.

SAMUEL RAMOS